

Notas bibliográficas

BERNARD POTTIER, *Lingüística moderna y Filología hispánica*. Madrid, 1968. Editorial Gredos.

Bernardo Pottier es una figura bien conocida dentro de la lingüística románica. Desde hace años, viene trabajando con intensidad y eficacia en este dominio. En todos sus estudios late un afán de renovación de los métodos tradicionales de investigar. Dentro del estructuralismo, sigue una dirección independiente, aunque reitera su adhesión y devoción a su maestro Guillaume. Entre las obras de B. P., debemos citar su *Systématique des éléments de relation*, libro ya clásico en los estudios de morfosintaxis románica. Con él se abrió un camino que ha resultado fecundo para interpretar los elementos de relación, especialmente la preposición. B. P. ha trabajado a fondo sobre el español, como prueban los excelentes manuales *Phonétique et phonologie espagnoles* y la *Introduction à l'étude de la morphosyntaxe espagnole*.

Bajo el título de *Lingüística moderna y Filología hispánica*, se recogen ahora en un tomo una serie de artículos que habían aparecido en diversas publicaciones. Los artículos se agrupan en tres partes: principios metodológicos, problemas de lingüística general y estudios específicos. Pero, como es natural al tratarse de una agrupación a posteriori, cada una de estas partes no presenta un contenido claramente distinto de las otras. Podríamos decir que los principios metodológicos están a lo largo de la base de toda la obra y afloran en casi todos los artículos de la misma. Por otra parte, las dos primeras partes no son exclusivamente teóricas. Constantemente se hace referencia a hechos concretos del lenguaje. En consecuencia, la obra presenta una fuerte unidad de pensamiento, a pesar del gran número de trabajos incluidos (veintitrés).

Para la justa interpretación de los hechos lingüísticos, hay que partir —según Pottier— de que éstos son muy simples, muy sencillos en su base. Pero esta simplicidad de raíz se complica en las múltiples manifestaciones del discurso, es decir, del hablar. El lingüista ha de preocuparse sobre todo por descubrir este sistema simple y no perderse en el infinito número de hechos concretos. El puro descriptivismo no es ciencia. La ciencia, más que describir, explica. P. apela constantemente a Guillaume en su intento de marchar desde el pensamiento básico

al discurso, y ve en el binarismo, en la oscilación constante de lo amplio a lo estricto o viceversa, el gran principio que está en la base del lenguaje. También se esfuerza en poner de relieve la concordancia del pensamiento de su maestro con el de otros grandes lingüistas como Hjelmslev o Jakobson.

En esta búsqueda del sistema simple que subyace bajo la multiplicidad de realizaciones concretas, el lingüista —según P.— debe desentenderse de examinar todos los casos particulares. Parece entonces que se trata de intuir, a base de un cierto número de hechos concretos, el sistema. Para llegar a la intuición, P. recurre con frecuencia a gráficos, a los que considera como medios muy prácticos de expresión de una realidad lingüística básica.

Dentro de la estructura general de la lengua, el análisis descubre pequeños subsistemas cerrados. La economía es considerada como el principio básico conforme al cual se organizan las unidades que lo componen. Cada lengua ha ido estructurándose de un modo peculiar en cada uno de estos pequeños subsistemas que forman el entramado total. La descripción minuciosa de esta organización específica facilitará el paso a la traducción automática.

En la parte dedicada a los problemas de lingüística general, tienen especial interés los que se ocupan de problemas semánticos. La fonología ha mostrado la estructura de los sonidos de una lengua. En el aspecto morfológico o sintáctico, la estructura es más fácilmente perceptible y, de hecho, en este terreno —como dice Coseriu— la gramática siempre ha sido estructural. Pero ha resultado más difícil descubrir y describir la estructuración en el campo del léxico. La mayoría de los estudios llamados "semánticos" no poseían el rigor mínimo para ser considerados como científicos. Solían tener más el carácter de anécdotas, de curiosidades. Algunos lingüistas incluso han llegado a afirmar que el significado no es objeto de la lingüística. Así, dice Bloomfield: "Un morfema puede ser descrito fonéticamente, puesto que está compuesto de uno o más fonemas, pero su significado no puede ser analizado en los límites de nuestra ciencia". (*Language*, 10.3.) Estamos ahora asistiendo al intento de construir una semántica estructural, utilizando los métodos que tan buen resultado dieron en el análisis de los sonidos. Estudios importantes en esta línea, además de los citados por P., son los de Prieto (*Principes de Noologie*) y Coseriu (*Pour une sémantique diachronique structurale y Structure lexicale et enseignement du vocabulaire*). Pottier dedica varios artículos a este tema. El más largo, el número XI, se titula: "Hacia una semántica moderna". En él, "tiende a sugerir algunos marcos de descripción y propone una terminología". La semántica es considerada en un sentido amplio como el estudio de "la sustancia de la forma léxica y de la forma gramatical". (De un modo semejante, Prieto, en la obra anteriormente citada, pretende poner las bases para una teoría funcional del significado.) El morfema, considerado como en Bloomfield, como el elemento mínimo portador de sustancia semántica, debe ser definido por sus rasgos distintivos, al igual que el fonema. Los rasgos distintivos semánticos son los *semas*, y el conjunto de rasgos distintivos específicos que define a un morfema es un *semema*. Varios sememas, por neutralización de sus rasgos distintivos, pueden confluír en una unidad de orden superior que es el

archisemema. Atendiendo a otras perspectivas, se van definiendo otras unidades semánticas bajo los rótulos de *clase*, *virtuema*, *tactema*...

En la parte tercera y última, hay que destacar los artículos referentes a las preposiciones. En los subsistemas constituidos por las preposiciones se perciben con más claridad los rasgos distintivos que caracterizan a cada una. P. considera que en el campo de la preposición la imagen representativa es lo equivalente al semema en las palabras del léxico. De aquí los gráficos que siempre ilustran los estudios sobre ellas. "Así se ve —dice P.— mucho más claramente que con largos discursos lo que distingue a *ex*, *de* y *ab*, por ejemplo". (Página 140.) La representación es la siguiente:



El rasgo común es 'alejamiento de un límite'. Los rasgos específicos: EX, DE 'descendencia directa' / AB 'descendencia lejana'; EX 'referencia a una interioridad'.

Estos estudios de P. son altamente sugestivos. Pero la exposición, en ocasiones muy esquemática, hace que algunas de sus afirmaciones se expresen de una forma que parece algo discutible.

Todos los lingüistas están conformes en que la lengua es simple en su base y compleja en sus manifestaciones concretas. El hecho de entenderse dentro de cierta variedad de hablas individuales implica la existencia de una base común, de un código al que todos nos referimos. P. pone en guardia contra el puro descriptivismo y defiende el método de la psicossistemática que pretende ir del pensamiento a la palabra, de la lengua al discurso. Pero no podemos olvidar que el sistema lingüístico no es un *antes* del hablar, sino un *después*. Realmente, la lengua no es la causa del discurso. Más bien ocurre lo contrario. En la lengua, al revés de lo que ocurre con otros sistemas de signos convencionales, el código es posterior a la señal. Empleando una comparación, podríamos decir que el plano de la lengua va surgiendo a medida que se construye el edificio del hablar. Las modificaciones del discurso repercuten en el cambio del plano, es decir, del sistema. Como el hablar es por naturaleza variable, el plano o sistema de lengua también lo es. Si Platón decía que el mundo sensible es un reflejo de las ideas, una sombra que éstas proyectan, en el campo del lenguaje ocurre lo inverso: las ideas o sistemas de lengua son una proyección de las cosas, del hablar. Partiendo de esta base, se comprende la importancia de la pura descripción. Una justa descripción es el mejor camino para la explicación. Naturalmente, no hay necesidad, ni es tampoco posible, estudiar todos los hechos concretos. Pero ninguno debe, en principio, ser eliminado. Todos los ejemplos concretos, los recogidos y los no recogidos, deben tener su explicación. La selección excesiva puede conducir a esquemas demasiado simples que no reflejan la realidad de la lengua. Así, en la página 72, se intenta justificar semánticamente el orden de los prefijos: "*In* constituye una negación global de valor único;

re- es una iteración global, pero con efectos múltiples". Por eso —dice— *de-* puede hallarse en el interior de la palabra, mientras que *in-* con valor negativo o *re-* son siempre el primer elemento de la palabra. Pero los ejemplos españoles y franceses de *contra-re-revolución*, *contre-re-révolution*, *contra-re-revolucionario*, *contre-re-révolutionnaire* no se ajustan a este esquema. El prefijo más el lexema forman inicialmente dos unidades de significación en la conciencia del hablante. Pero pueden llegar a ser percibidas como un signo único. En este caso, parece posible la anteposición al conjunto de otro prefijo. Esta suele ser la historia de lo que se ha llamado acumulación de prefijos. Lo mismo ocurre con los sufijos diminutivos. *Juan-it-o* es inicialmente 'el pequeño Juan'. Más tarde, se pierde el rasgo semántico de 'pequeño', aunque sin variación del significante. *Juanín* puede referirse a un hombrón. Pero el nombre puede sufrir una modificación con valor positivo o negativo: *Juan-it-ín*, *Juan-it-ón*. En la terminología de P. diríamos que la connotación puede llevarnos a estos dos virtuales. Pero, de nuevo, estas expresiones (*Juanitón* o *Juanitín*) pueden particularizarse y pasar a un contenido denotativo.

El intento legítimo de buscar una explicación para resultados aparentemente contrapuestos puede conducir a sutilezas que no se ajustan a la realidad. Para hallar la razón de la *-c-* de *mujer-cit-a* frente a su ausencia en *mesita*, se dice que lo que la lengua ha buscado es respetar la integridad del lexema, la cual no se lograría si dijéramos *mu-je-ri-ta* (pág. 64). Claro que, al observar la doble posibilidad en *jardinito* ~ *jardincito*, se corrige la aseveración primera diciendo "que no se trata aquí más que de una tendencia". Pero este concepto de *tendencia* ha sido justamente criticado. Las palabras están en la mente del hablante en conexión por su semejanza u oposición con otras, tanto en la expresión como en el contenido. Esto da origen a múltiples influjos mutuos. Un término puede servir de modelo para la formación o deformación de otros. *Jardinito* o *jardincito* se explican como dos formaciones diminutivas basadas en distintos modelos. No hay tendencias a priori. Hay coincidencias como resultado de influjos análogos. Este como poder de irradiación de una palabra para la formación de otras, puede observarse en el habla de cada día. La popularidad —difusión y discusión— de la minifalda explica la proliferación de términos como *minisuerdo*, *miniplan*, *mini-clase*...

El término nuevo, el nuevo tipo de formación, se impone porque en un momento determinado ha deslumbrado la mente del hablante, porque lo ha encontrado más expresivo, más claro, más imaginativo, con una oposición más neta a otros términos opuestos o análogos. Partiendo de esta base se podría explicar sin éntar en detalles, el *porqué* de la introducción del arabismo *hasta* en castellano. Pottier dice: "El sistema que se empleaba antes de la invasión mora tendría un equilibrio relativo. ¿Qué pasó entonces en la estructura del sistema, para que se sintiera la necesidad de acudir a un morfema extranjero?" (pág. 26). Hay que partir de una situación bilingüe, de interferencias de sistemas lingüísticos diversos en la mente del hablante. En estas condiciones, un término de una lengua puede pasar a funcionar con pleno valor en otro sistema de lengua. La razón última de la introducción de un préstamo es la misma que la de cual-

quier neologismo. Triunfa porque introduce una distinción, hasta entonces inexistente en la lengua, porque es más precisa que el término hasta ahora usado, porque se siente como más expresivo. El *usque* latino era funcionalmente más débil que otras preposiciones: tenía baja frecuencia de empleo, precisaba del acompañamiento de otros términos para indicar junto a ellos su sentido básico de continuidad de movimiento en el espacio o tiempo, considerado el punto de partida o de llegada. Por ello, podía significar 'hasta' o 'desde'. Su debilidad funcional queda demostrada por el hecho de que sólo en parte ha perdurado en el francés *jusque*. Los sustitutos románicos de *usque* han sido varios: it. *fino*, cal. *fins*, rum. *pînă*. El español encontró en el árabe el término sentido como más preciso. Pero la *s* antietimológica quizás se deba al influjo analógico de *desde* o del mismo *usque* perdido. El préstamo se da en la morfología como en el léxico, aunque el préstamo morfológico es menos frecuente por el menor número de unidades y, consiguientemente, su mayor coherencia.

En relación con lo que venimos diciendo, es discutible la afirmación de que "el movimiento semántico va desde la unidad indispensable en la lengua a la infinitud de variantes contextuales en el discurso" y la de que "el sistema evolutivo reside en la lengua y no en el discurso" (pág. 25). Se podría pensar que más bien ocurre lo contrario. La lengua es una abstracción. Lo que existe realmente es el hablar concreto, individual. El sistema de lengua es un reflejo de este hablar. Los cambios se inician forzosamente en el discurso y, de rechazo, afectan a lo que llamamos sistema. No es exacto decir que la lengua "está sometida a un movimiento lentísimo, pero continuo". Lo que llamamos evolución de una lengua no se corresponde con el concepto biológico de evolución, de un ser que se transforma en otro, que queda englobado en él, como la flor en el fruto. La lengua no es una realidad autónoma, no existe fuera de los hablantes. En rigor, no podríamos decir que evoluciona. Lo que sí hay dentro de una lengua son variedades sincrónicas individuales o comunes a grupos más o menos numerosos. Estas variantes individuales, locales o regionales, pueden difundirse y desplazar a otras variantes que eran hasta entonces las de empleo más general. Observando las manifestaciones de una lengua histórica desde fuera, parece como si, efectivamente, hubiese existido una evolución. Pero contemplando lo que ocurre interiormente, no hay tal evolución. Lo que hubo fue sustitución y generalización de una norma por otra. De este modo, *luna*, *lluna*, *lua* o *lune*, no son en rigor diversas evoluciones del latín *lunam*. Inicialmente, fueron variantes regionales que coexistían en las mismas zonas con la variante "correcta" *lunam*. Más tarde, la variante "incorrecta" se generalizó, mientras que la "correcta" cayó en desuso. Lo que hubo fue primeramente diversas variantes, es decir, diversas interpretaciones de un mismo significante, y más tarde la sustitución y generalización de un término por otro. Del mismo modo, en el español de hoy, variantes incorrectas como *périto*, *caritas* o *Diezmán* no son en los que así las realizan evoluciones de *périto*, *cáritas* o *Vietnam*, puesto que ellos nunca las pronunciaron de este modo. Las formas incorrectas que ellos usan son las interpretaciones que dan a las formas correctas de acuerdo con sus hábitos lingüísticos. No pasan de *périto* a *périto*, sino que parten ya de *périto*, porque así lo han oído, es decir, interpretado.

De todo esto se deduce, como insiste la lingüística moderna, que sólo la consideración sincrónica permite llegar al conocimiento del sistema de una lengua. Esta es un instrumento de comunicación. Y para comprenderlo hay que verlo funcionando aquí y ahora. La misma visión diacrónica sólo se alcanza por la proyección de una serie de diapositivas sincrónicas. Por eso, sorprenden frases como ésta: "Cae en lo utópico creer que se puede establecer una estructura únicamente sincrónica. Resultado: un monstruo" (pág. 13). Comprendemos que dentro de su contexto no significa lo que parece significar fuera de él, y que está neutralizada por otras como "hay que olvidar el pasado y reflejar los hechos de hoy. Sabemos demasiado del pasado". De todos modos, no dejan de ser un poco sorprendentes tal como están formuladas.

Un principio también fundamental en la lingüística actual es que todo valor es valor de oposición. Una unidad se define por su oposición a otras del sistema. Pero quizás sea una simplificación teórica excesiva querer reducirlo todo a una oposición binaria. Evidentemente, la lengua es simple en la base, y por eso nos entendemos, pero no tan simple como pretenden reflejar los esquemas binaristas. Del mismo modo, el gráfico parece útil como medio didáctico para aclarar un concepto. Pero no creemos que por sí sólo sea un medio de expresión más claro que la palabra. Si hablando se entiende la gente, no sé porqué los lingüistas no se pueden hacer entender con palabras. Por lo demás, siempre habrá que explicar con palabras el significado del gráfico. Nos parecen exageradas las lamentaciones de Pottier, al hablar del significado de la preposición *de* ('alejamiento de un límite simple orientado'): "Lamentamos tener que emplear pala-

enfoque

bras para darnos a entender: bastaría un gráfico como este ($0 \rightarrow \begin{matrix} + \\ \bullet \end{matrix}$) o, en idioma analítico, alejamiento (movimiento "—") a partir de un límite (coherencia "+"), no orientado (objetividad), simple" (pág. 164). Pensamos que puede expresarse perfectamente aun sin acudir a gráficos o a fórmulas matemáticas.

El lenguaje de la llamada lingüística matemática parece buscar la economía en los medios expresivos. Este mismo principio de economía es para algunos la base de la estructura de la lengua y de las modificaciones que en ella se introducen. Pero parece que el principio fundamental que explica la organización de una lengua y las modificaciones que pueda sufrir es más el de la claridad expresiva. Ahora bien, esta claridad se consigue con la simplicidad. Pienso, por lo tanto, que lo que se llama *economía* es, en realidad, *simplicidad* orientada hacia la claridad. El término de "económico" parece mezquino aplicado a lengua (y aun fuera de ella) y no refleja la realidad de la misma. Todos los medios de expresión son económicos para quien los emplea, para quien está dentro de ellos, por muy antieconómicos que sean vistos desde fuera, desde otra lengua. No se requiere esfuerzo para el manejo de la lengua propia, pues todo funciona de un modo automático.

Aparte de estas cuestiones de carácter general, convendría detenerse en el examen de algunos hechos particulares aquí estudiados.

El concepto de verbo auxiliar, tal como aquí se expone, parece algo confuso.

Primeramente, se define muy ampliamente como "todo verbo que es incidente de otro en un mismo sintagma verbal". Así, en "quiero comprar", *quiero* sería el auxiliar. Partiendo de esta base, se establece una primera división:

- a) verbos que no pueden ser auxiliares: *comer, estudiar...*
- b) verbos que pueden ser auxiliares: *ser, querer, ir...*
- c) auxiliares que no son verbos: *soler, haber...*

Parece que P. interpreta el concepto de verbo auxiliar como verbo núcleo cuando va seguido de otro verbo que funciona como término adyacente suyo. Pero *comer, estudiar*, pueden ser también "auxiliares", es decir, núcleo de un sintagma verbal complejo: "estudia paseando", "come hablando". ¿Qué significa, por otra parte, eso "de auxiliares que no son verbos", ya que se aplica esto al conjunto de dos verbos que forman una unidad inseparable? Parecerían los verdaderamente auxiliares. El mismo Pottier parte de algo semejante, al decir (hablando de las perífrasis con verbo auxiliar más gerundio): "Debe considerarse verdadero complejo de auxiliaridad el sintagma que no puede transformarse en grupo disjunto sin que cambie su significado" (pág. 198). De este modo, se contraponen *está diciendo / habla durmiendo*, el primero verdadero complejo de auxiliaridad, pero no el segundo. Esto contradice la afirmación primera de verbo auxiliar como incidente de otro. Más tarde, refiriéndose a las frases verbales de infinitivo, distingue entre auxiliares propiamente dichos, comprobados por la concordancia de sujetos ("yo quiero hacer") y los no auxiliares con discordancia de sujetos ("permito hacer" (el)). Estas dos oraciones presentan la misma estructura formal. En ambos casos, existe un término nuclear, "quiero", "permito", con otro adyacente, "hacer". Esta semejanza se comprueba conmutando el término adyacente por el referente "lo": "lo quiero", "lo permito". Esta concordancia o discordancia de sujetos es una realidad, pero no parece criterio suficiente para la clasificación en auxiliares y no auxiliares.

Quedan algunos puntos más que nos gustaría discutir. Pero no quiero alargar más esta reseña, quizás ya demasiado larga. Más que una reseña se trata de comentarios que han ido surgiendo de la lectura de unos estudios, plenos de interés, lo mismo por sus hallazgos que por sus sugerencias.

Sólo hemos de lamentar ciertos descuidos en la traducción. No tenemos a mano los originales franceses. Pero ciertos giros sintácticos dan la impresión de una traducción poco exacta. Veamos algunos botones de muestra:

El pronombre *se* aparece normalmente pospuesto al verbo en las formas personales: *puédese* (79), *hállase* (137), *tiénese la impresión de sentido continuativo* (188)... Precisamente a propósito de este *se*, dice Pottier (pág. 74), que el español permite la elección *sabíase ~ se sabía*, y que es un elemento rítmico el que selecciona la posposición. Pero en el español de hoy, la construcción más normal es la anteposición: *se tiene la impresión, se sabe, se dice...* Las variantes con *se* pospuesto se sienten como ligeramente literarias, arcaicas o propias de ciertas modalidades del español dialectal.

Pág. 50: "La homonimia es siempre facticia y no llama a engaño ni al locutor ni al auditor". Aparte de la rareza del vocablo *facticia*, *locutor* y *auditor* sí "llaman a engaño". ¿No sería más exacto decir *oyente* y *hablante*?

Pág. 54: "Y, además, cuando el portugués, el leonés y el aragonés o catalán tienen derivados de ILLUM (*o, lo*), el cantábrico hubiera escogido ILLE, sólo porque no se ve solución fonética fácil".

Pág. 66: "Pero queda por contestar *por qué* ciertos verbos irregulares no han sufrido aquellas tendencias analógicas: *sê/sei*, y no **sepo, *sabo/*saibo* (bien se transformó en español *vide* en *vi*, por analogía)". Suponemos que la frase entre paréntesis quiere decir 'aunque en español *vide* se transformó en *vi* por analogía'.

Pág. 90: "El pronombre es un sucedáneo que indica el lugar de un elemento sin identificarlo". ¿No sería más adecuado decir *sustituto*?

Pág. 103: "Se ha conseguido el alarde de definir todas las palabras inglesas por medio de cien clasificadores semánticos". Es extraño eso de "conseguir el alarde" en vez de "hacer el alarde" que parecería lo normal.

Pág. 164: "Ahora bien, la relación es, por definición, una categoría *no abstracta*, como existe tendencia a creer, sino *general* —lo cual es muy distinto— y *concreta*". Pienso que lo que se quiere decir es: 'la relación es por definición no una categoría abstracta, como se tiende a creer... sino general'...

Pág. 164: "Lamentamos tener que emplear palabras para darnos a entender". Creo que sería más simple y más claro decir: "lamentamos tener que emplear palabras para hacernos entender".

También yo "lamento" insistir en estos pequeños detalles. Pero pienso que el traductor debe guardar fidelidad al pensamiento del traducido sin traicionar la lengua a la que traduce. Si esta doble fidelidad debe ser siempre la norma en la traducción, con más razón en un libro de lingüística, con un autor que tanto se ha preocupado de la faena de traducir, y en una colección lingüística tan prestigiosa como la "Biblioteca románica hispánica".

JESÚS NEIRA MARTÍNEZ

MANUEL MALLO Y MANUEL PEREZ. *Primeras notas al estudio de la cueva "El Ramu" y su comunicación con la "Lloseta"*, en *Zephyrus*.

Bajo el título *Primeras notas al estudio de la cueva "El Ramu" y su comunicación con la "Lloseta"*, acaba de aparecer un artículo científico y serio sobre las ya famosas pinturas rupestres de Ardines, Ribadesella, del que son autores Manuel